

Volvió a encerrarse en su cuarto de estudio y allí, rodeado de libros y de hojas de papel, dejaba trascurrir los días, siempre leyendo o escribiendo. A veces, al meditar sobre el último capítulo leído, sus ojos se humedecían; bajaba las cejas, formándose en su espaciosa frente pliegues verticales que convergían hacia el espacio interciliar; apretaba los labios uno contra otro como si sostuviera un gran esfuerzo y, al fin, lanzaba un fuerte suspiro que venía a purificar la sangre narcotizada por la respiración detenida.

De noche muy pocas veces iba a la sala endonde el piano permanecía mudo, pues Cordelia respetaba con su silencio el dolor moral de Eugenio.

Para que el se sintiese menos solo, ella le acompañaba en su cuarto de estudio y, amorosa y solícita, se ofreció a ayudarle en sus trabajos. Como era una señorita que—al contrario de la mayoría—no había hecho del momento en que salió del Colegio Superior el término de su instrucción y educación, pudo muy bien ser la compañera de su esposo en las tareas de la inteligencia.

Esa compañía inesperada impedía,

del todo, a Eugenio el leer y comentar aquellos libros que le obligaban á reflexionar sobre su situación. No queriendo hacer testigo de su sufrimiento moral a Cordelia, a quien evitaba toda emoción dolorosa, dispuso estudiar con ella el periodo del engrandecimiento intelectual de la Grecia. A Cordelia le encantaba escribir, con tinta roja, en un cuaderno aquellos nombres ilustres, casi todos esdrújulos y luego, con tinta negra, las teorías que sustentaba cada uno de ellos con respecto al principio de las cosas y a las relaciones entre el hombre y una esencia superior.

Eugenio no hallaba, en su casa, sitio mas tranquilo que su cuarto pequeño con una sola ventana por la que el sol arrojaba sus gavillas de oro, las cuales iban á quebrarse en los lomos de los libros de la biblioteca.

Cordelia así lo comprendió y adorando a su marido hizo de aquel cuarto pequeño un sitio de dulzuras; la mano cariñosa de la joven señora todas las mañanas colocaba sobre el escritorio, en un artístico florero, rosas, claveles, violetas y pensamientos que ostentaban

con orgullo sus colores y que perfumaban el ambiente dejando escapar sus aromas penetrantes.

Cordelia entraba en aquel cuarto a cada instante; envuelta en una bata de color lila, iba a sentarse con cuidado, en un sofá que había hecho traer allí para ella; y Eugenio, al verla tomar en su asiento posiciones de cansancio, recordaba que la consagración de su enlace ya se estremecía en el vientre de Cordelia; comprendía la inmensa dicha que iba a experimentar cuando estrechara entre sus brazos y besara, loco de orgullo, al ansiado primogénito.

Ese había sido su sueño de amor, y ahora, al verlo realizarse, pensaba que era un crimen lo que había deseado en sus horas de fiebre amorosa; lloraba de arrepentimiento al pensar en aquel niño que iba a ser la alegría de su hogar y se sentía culpable al ver a Cordelia orgullosa de la felicidad que le esperaba.

Su esposa, no sabiendo explicarse el retraimiento de Eugenio, decidió consultarlo con Susana cuando ésta le hiciera una visita.

XIV



UNA noche en que Eugenio había salido con deseos de escuchar una conferencia que se iba a dar en una sociedad científica, Susana prometió a su amiga acompañarla mientras aquel permaneciera ausente.

Cordelia, en su deseo de explicarse la conducta de Eugenio, puso a su amiga al corriente de lo que sucedía y terminó preguntándole:

—¿Que me dices tu de eso?

Susana fingió que pensaba y luego contestó:

—Lo que yo digo, ya te lo he repetido varias veces antes y después de tu matrimonio..... ¿te acuerdas de aquel domingo en que me confesaste que amabas a Eugenio, que me dijiste que te casabas con el, que.....

—Si, si me acuerdo—contestó impaciente Cordelia.

—Ese día te contesté lo que hoy me preguntas—y con una sonrisa de triunfo añadió:—bastantes veces te he dicho que Eugenio con esas ideas tan raras, con esa incredulidad tan manifiesta, no te haría feliz. Es que un corazón muerto para el amor a un Dios omnipotente no puede nunca latir con sinceridad por el amor a un ser terrenal. El que no cree en nada, no ama a nadie—afirmó Susana con profunda altanería.

Mientras tanto Cordelia, sin hacer caso a estas últimas observaciones, por la ventana abierta interrogaba con la mirada el cielo oscuro en el que titilaban las estrellas silenciosas.

Susana, aprovechándose de aquella meditación, se acercó a Cordelia, pasó su brazo alrededor de la cintura de su compañera y dándole un beso ardiente en la mejilla le preguntó:

—Te acuerdas de aquel tiempo feliz en que, sin pensar en novios ni matrimonios, vivíamos dichosas en el internado?

Aquel beso quemó la mejilla de la

pobre Cordelia, quien, sintiendo una irritación moral contra aquella amiga que le traía a la memoria muchas cosas olvidadas, abandonó el asiento que ocupaba; ante sus ojos se fueron desarrollando, una tras otra, todas las escenas del internado y de aquella época de sufrimiento.

Una de ellas, la que mas le molestaba y la que causó el enrojecimiento súbito de su rostro, fue la que le hizo ponerse de pie al sentir que el brazo de Susana le rodeaba la cintura y que los labios de ella se posaban en sus mejillas.



XV

HACÍA de eso cinco años. Entonces ella empezaba a coquetear con Eugenio; su padre que era muy celoso porque la adoraba, no la perdía de vista, impidiéndole en lo posible hablar con aquel joven. A pesar de la estricta vigilancia se hablaban los dos novios; pero como todo se sabe, por las vecinas llegó aquello a oídos del padre, quien para evitarlo decidió encerrarla en el internado de un colegio particular que tenía todo el aspecto de un convento, debido a sus ventanas con barrotes, sus muros muy elevados y a lo retirado que estaba de la población.

En aquel colegio la nueva alumna se vio objeto de grandes manifestaciones de simpatía por parte de sus compañeras que no tardaron en hablarle confidencialmente de muchos asuntos escabro-

sos, disimulados por todas ellas y que causaban extrañeza en la joven Cordelia, quien había sido educada aparte de la sociedad y de las amistades peligrosas para la inocencia.

Todas las alumnas cambiaban sus nombres por otros familiares de acuerdo con un rasgo característico de la estudiante. Así se llamaban: *Rubia mia*, *Ojos negros*, *Botón de oro*, *Bella durmiente*, *Mi morena*, *Trigueñita*; a Cordelia la llamaron *Linda huraña*, nombre que le caía muy bien, dados su carácter y su deseo de estar sola siempre.

Una alumna, Susuna, llamada por todas *Angel mio*, se hizo íntima de Cordelia. Esta había notado ya que todas las colegiales podían dividirse en parejas íntimas.

*Angel mio*, elogiaba en Cordelia la blancura de su carne mórbida, la curva inimitable de sus caderas y la pureza y corrección de todas las líneas de su cuerpo.

Cierta vez que fue preciso hacer algunas reparaciones en uno de los dormitorios, hubo necesidad de acumular en el otro, que era muy largo y muy angosto,

todas las internas. Cordelia pudo observar que *Angel mio* disputaba con sus compañeras el lecho que seguía al suyo.

Aquella noche *Angel mio* empezó a quejarse de la temperatura que era muy baja. Debido a esto pasó al lecho de la *Linda huraña*; se estrechó a su cuerpo para aprovechar el calorcito—como decía;—suspiraba profundamente y a cada instante besaba con ardor a su compañera.....

Cordelia, al día siguiente, pidió a su padre que la sacara de aquel encierro en donde tenía un templo la diosa de Lesbos.

El padre accedió a los deseos de su hija comprendiendo que donde mas se desarrollan los vicios secretos es en los internados donde todo se oculta a la sociedad, como ésta oculta sus faltas tras el prestigio de sus nombres distinguidos.



XVI



CORDELIA recordó toda esa historia, y con el brazo tendido hacia la puerta dijo a su amiga:

—Susana, ¿cuando mas pruebas de mi confianza te doy, vienes a insultarme en mi sufrimiento? ¿Dices que Eugenio es un malvado, un ser digno de lástima porque no cree en una deidad que—si existe—es generosa al repartir sus miserias y es avara al conceder sus favores? ¿Insultas a Eugenio porque tiene la discreción de no ir—como vosotros—al templo a burlarse de lo mismo que estáis ejecutando? Invocas la religión al hablar de mi esposo; permíteme que llame a tu corazón devoto, en este momento. Dime ¿es de un alma caritativa el burlarse de un infeliz en su desgracia? ¿No sabes que obras mal al desear hacerme caer contigo de rodillas

ante el altar de Lesbia como acabas de pretenderlo?... Bien se conoce que aun no has olvidado el nombre que te pusieron en el internado: *Angel mio....*

Su respiración se había hecho irregular, acelerada, angustiosa; hablaba como entre sollozos y repetía automáticamente la misma palabra: «¡Lesbia! ¡Lesbia!» y, por último terminó diciendo: —Oye, Susana, si has de aprovechar las confesiones que te hago para lanzar frases que hieran a mi marido, sería preferible que permanecieran como cerradas para ti las puertas de esta casa. Así evitaríamos muchos disgustos cuyas consecuencias serían deplorables.

Estas últimas palabras resintieron a Susana quien con el rostro encarnado, la mirada fija en el suelo y sin atreverse a decir algo en su defensa, salió de aquella casa a la cual no pensaba volver.



XVII



CORDELIA, al verse sola, volvió a sentarse, sintió un debilitamiento súbito y luego rompió a llorar. Cuando oyó a Eugenio que volvía de la conferencia se puso en pie, pasó sus manos por la cara para refrescarla, secó las lágrimas que velaban aun sus ojos, hizo un esfuerzo por sonreír y salió al encuentro de su marido quien la besó con cariño en la frente y luego le dijo:

—Cordelia, me siento muy bien esta noche; la conferencia fue muy interesante y ha venido a ayudarme en mis estudios acerca de la educación y la herencia y a hacer que me fijara en un detalle que había olvidado por completo..... ahora que recuerdo—continuó el joven sentándose en el mismo sillón que había ocupado Susana—¿por que no has vuelto a tocar tu romanza favorita,

aquella que nos produce al oírta tan dulces emociones? ¿Quieres satisfacer mis deseos tocándola esta noche?

La joven señora iba a aprovecharse de esta circunstancia para exponer sus quejas; pero una mirada de Eugenio toda llena de cariño, la hizo dirigirse al piano y evocar en él las dulces armonías de la romanza de «Mignon.» Mientras ejecutaba, se puso a pensar cual podía ser el motivo de aquel cambio en el ánimo de Eugenio; por mas que recordaba las diversas escenas del día trascurrido, ninguna de ellas podía explicarle aquella alegría inesperada.

Los sonidos que el piano producía, desenvolviéndose y sucediéndose, cambiando de tono y de duración despertaron en Eugenio sentimientos vagos de un encanto inexpresable.

Enseguida Cordelia, animándose, volvió a preludiar la romanza y con una voz suave lanzó las primeras notas del canto:

¿Conoces tu el hermoso país donde florecen  
naranjos siempre bellos, país donde parecen  
las aves mas ligeras, mas plácida la brisa,  
y donde irradia espléndida, cual celestial sonrisa,  
eterna primavera, bajo un azul sereno,  
bajo un azul sin nubes, de encanto siempre lleno?...

que provocaron en Eugenio el recuerdo de sus relaciones amorosas con su *bella Mignon* como había dado en llamar a su prometida.

Su rostro se veía iluminado por la expresión de los pensamientos elevados y de los nobles sentimientos que aquella encantadora melodía despertaba en su cerebro de una elevación intelectual nada común.

Fijó sus miradas en uno de los adornos de la sala colocado cerca del piano: era un regalo de boda, la expresión del sentimiento delicado del amor paternal por medio de la escultura.

Un joven amoroso sostiene en los brazos levantados el tesoro de su hogar, su hijo primogénito. Detrás de él, apoyándose en el hombro de su marido, está una bella mujer. Ambos sonríen orgullosos de su felicidad y el niño, extendiendo los brazos delicados, sonríe graciosamente a sus padres que lo adoran.

Eugenio, por simpatía, al contemplar aquellos tres seres dichosos, dejó dibujarse en sus labios una sonrisa que fue sorprendida por Cordelia en el momen-

to en que lo acariciaba con una de sus miradas penetrantes.

Desprendiéndose del piano y acercándose a su esposo le preguntó:

—¿Por que no estás siempre así, Eugenio..... así, sonriendo?

—¿Te extraña el que yo sonría?— preguntó riéndose Eugenio.

—¡Hace tanto tiempo te veo triste, pensando siempre!.....—después de un silencio continuó—No te había preguntado la causa porque respetaba tu sufrimiento; pero..... ¿verdad que ahora me dirás por que muchas veces te encontraba temblando bajo el influjo de una emoción extraña?—Con los ojos fijos en el joven se acercó mas y acariciando con su mano las crenchas rizadas de Eugenio, prosiguió:—¿Eugenio, que te hecho para que te apartes de mi?—y al decir esto con toda la suavidad de que su voz era capaz, bajó los párpados y en sus ojos se condensaron dos lágrimas que rodaron por las mejillas.

Eugenio sugestionado por aquella voz tan dulce contestó:

—Cordelia ¿recuerdas el comienzo de nuestras relaciones? ¡Tan desgraciadas

que han sido! Primero tu padre para obligarte a olvidar el afecto que por mi sentías te encerró en un internado; luego mi adorado padre viendo ya cercana la hora de su muerte se aisló en una de nuestras fincas y yo lo acompañé para hacer con mis cuidados menos crueles sus padecimientos..... ¡otra separación dolorosa!..... ahora me toca llorar por nuestro hijo, por ese inocente que ha de venir al mundo dentro de muy poco tiempo y que será tan infeliz por mi culpa, por mi egoísmo!.....

—¿Y por que ha de ser infeliz?—preguntó Cordelia y sin esperar contestación añadió:—Oye, Eugenio, desde que noté tu retraimiento, ¿sabes a que lo atribuí?... pero has sido muy ingrato al no decirme lo que te pasaba. Creí que habías dado un mal paso en tus negocios, esperé que me lo dijeras y, aun hoy, lo ignoro..... ¡me consideras tan inútil cuando se trata de cuestiones serias!.....

Como Eugenio callara pensó Cordelia que era cierto lo que había supuesto y para tranquilizar a su marido dijo:

—Si te ha ido mal en tus negocios

no temas nada por nuestro hijo; ya le enseñaremos a trabajar, la mas noble de las herencias que pudiera recibir. Además, tenemos al frente muchos años para reponernos de la pérdida que has sufrido en estos días y así el porvenir será nuestro, enteramente nuestro, sin que para nada lo perturben las tristezas del pasado.

Eugenio levantó la cabeza y mirando fijamente a su esposa, le contestó con timidez:

—Todo lo que dices es muy bello; pero no he tenido ningún contratiempo en mi comercio..... ¡lo hubiera preferido!

Cordelia haciendo un gran esfuerzo preguntó:

—¿Tienes envidia, tienes celos?....—y ruborizándose, cayendo de rodillas ante su esposo que permanecía sentado prosiguió—¡Celos! ¿verdad, Eugenio, que no tienes celos de mi?... Dime que nunca has hallado en mis acciones alguna que despertara en tu cerebro la pasión terrible de los celos!

Levantándola cariñoso el joven le contestó:

—Te amo demasiado para ofenderte de esa manera. Has sido siempre buena conmigo, me has hecho el mas feliz de los hombres al elegirme como compañero de tu vida y siempre he visto en la pureza de tus miradas y en la gracia de tus sonrisas que eres mia, sólo mia como yo soy tuyo, sólo tuyo. No, Cordelia, escucha: nuestro hijo ha de ser muy bello, se reflejarán en el todos tus encantos, tendrá tus ojos oscuros, tu nariz pequeña y perfilada, tus labios delgados y rojos, tu sonrisa.....

—Y de ti tendrá ese corazón noble, esa belleza moral que tanto he alabado.

Sin hacer caso a esta interrupción de su esposa, Eugenio continuó:

—Será encantador. ¡Que hermosa herencia recibe de su madre! Y de su padre el desgraciado tendrá un triste recuerdo,... acércate—dijo bajando la voz—¿sabes que varias familias llevan en su frente, en su nombre el estigma de un asesinato grabado por la sociedad ignorante? Pues bien, ese no es tan terrible como la maldición que pesa sobre tu esposo. El remordimiento de un crimi-

nal no es comparable a los martirios de mi espíritu. En mi familia existe la predisposición a una enfermedad que es, según dicen, la penitencia impuesta por un Dios a toda una raza. Mi familia lleva desde hace varios años el cilicio de la lepra! ¿Ves, Cordelia mía, que tengo razón al llorar por nuestro niño, que será muy bello; pero cuya belleza desaparecerá, mas tarde, bajo la herencia de su padre? Lo que yo había soñado en mis horas de ilusiones, me hace sentir hoy las angustias del arrepentimiento. Cordelia, perdóname—agregó ocultando el rostro entre sus manos.

—¿De que quieres que te perdone? ¿Acaso tienes la culpa de lo que me has referido?

—Si, tengo mucha culpa ¿por que, sabiéndolo todo, te he asociado a mi sufrimiento? Y ese inocente que va a ser tan desgraciado!.....

Por única respuesta la joven se acercó mas, sostuvo con sus brazos delicados la cabeza de su esposo, lo atrajo hacia si con suavidad, se inclinó y depositó, con ternura, un beso en aquella frente que ardía: fue un beso encantador que indi-

caba todo el aprecio que ella sentía por aquel noble carácter.

En ambos, los labios temblaban indicando así el notable esfuerzo de voluntad que hacían para no llorar; enseguida, cayendo uno en brazos del otro, prorumpieron en sollozos.



XVIII

AL través de la neblina que arras-  
traba su ropaje ligero por entre las  
callejuelas del Cementerio, el verde de  
los cipreses aparecía como un azul os-  
curo y las tumbas alineadas semejaban  
manchas de color blanco en un fondo  
trasparente alterado por la niebla.

A pesar del tiempo desagradable que  
hacía, numerosas eran las personas que,  
en aquella mañana, terminaban el ador-  
no de las sepulturas que guardaban los  
restos de muchos seres queridos.

De cuando en cuando se escuchaba el  
lúgubre tañido con que las campanas de  
las iglesias lejanas hacían presente a los  
hombres que las aspiraciones de la vida  
terminan en la ciudad de los muertos,  
a quienes aquel día estaba consagrado.

Por entre las callejuelas circulaban  
los visitantes admirando aquí y allá las

coronas artísticas depositadas sobre las tumbas sin pensar en los que bajo ellas reposaban; algunas parejas de enamorados se decían ternezas mientras recorrían los epitafios con sus miradas indiferentes.

Después de colocar dos anclas primorosas sembradas de camelias y jazmines sobre los sepulcros de D. Fernando y de la madre de Cordelia, Eugenio, acompañado por su esposa, hizo un corto paseo por entre las sepulturas deteniéndose a la sombra de un ciprés en donde una preciosa cruz de mármol abría sus brazos sosteniendo una guirnalda muy bien tejida

Eugenio, después de meditar un momento sintió que en sus ojos se condensaban dos lágrimas que brillaron al deslizarse por sus mejillas.

Al pie de la cruz con letras negras estaba escrito el nombre del que allí descansaba: Mario; uno de los mejores compañeros de Eugenio. Fueron alumnos de un mismo curso y se estimaban recíprocamente desde el día en que un suceso en el colegio hizo vibrar juntas sus almas hermanas.

XIX

HABÍA entre los compañeros de Mario y Eugenio, un joven que figuraba en los primeros puestos debido a la posición social que sus padres ocupaban: era un vanidoso que se distinguía, desde lejos, por lo erguido de su cuerpo; por la posición de los codos un poco separados del tronco; por la mirada siempre desdeñosa y por la manera de saludar mascullando el ¡adiós! En la calle quería ocupar el solo la acera; en la clase hablaba siempre en voz muy alta y procuraba subyugar la atención de todos para que se fijaran en su vestido á la última moda, en su cuello tan alto como un puño, en su corbata diminuta y para que reconocieran su pretendido valor por sobre el de los demás.

Con motivo de un artículo recién publicado por Eugenio, todos los alumnos

felicitaban a su autor; aquel vanidoso, sintiendo que se le humillaba con los elogios prodigados á su compañero, aprovechó, desde ese momento, las ocasiones que se le presentaban para hacer alarde de las bajezas que implica la vanidad de los que se tienen por hombres de talento. Todos los informes desfavorables sobre la conducta de Eugenio que aquel compañero daba eran refutados inmediatamente por Mario, quien, con la energía de los que no saben retroceder ante un obstáculo, nunca llegó a permitir que se encubriera la verdad con el objeto de rebajar a uno de sus amigos.

Desde que Eugenio tuvo conocimiento de las defensas que Mario hacía de su conducta, ambos fueron compañeros inseparables; juntos estudiaban y el mismo día, con pocas horas de diferencia, coronaron sus tareas intelectuales recibiendo el título de bachilleres del Liceo de Costa Rica.

Estaban en la época de la vida en que la amistad no conoce reservas; juntos soñaban, hacían proyectos para el porvenir que parecía sonreírles; vislumbra-

ban una larga existencia que se prometían dedicar al trabajo, a la verdad y a la belleza porque los dos escribían; en sus artículos Mario ponía la sensación y Eugenio el pensamiento.

Era una amistad sincera la que los unía; la comunión de ideas; el compañerismo en las tareas literarias; su igual disposición para las luchas por las buenas causas; su edad—veinte años;—todo hacía ver que el afecto que se profesaban era extraordinario.

Cuando empezaba a ver con claridad las hermosas lejanías en que su porvenir despertaba, Mario sucumbió; recostó muy temprano su frente pensativa en el regazo frío de la misteriosa enterradora.

Reposaba al pie de aquella cruz de mármol ante la cual se había detenido Eugenio, quien dedicó, en aquel momento, un triste recuerdo al amigo que, en hora tan temprana, había sido arrebatado al cariño de su familia y al afecto de sus compañeros.



XX

DESPUES de EVOCAR muchos recuerdos de colegio ante la tumba de Mario, terminó diciendo Eugenio:

—¡Que feliz eres, Mario, cuánto te envidio!

Cordelia palideció al escuchar esta frase y arrancó a su marido de aquel sitio; lo llevó hacia un rincón del cementerio adonde no llegaban los paseantes del día de difuntos: caminaron entre cruces de madera clavadas en la tierra, colocadas sin simetría como indicando la pobreza de los que bajo ellas dormían el sueño eterno.

Les pareció mas triste aquel pedazo de cementerio endonde las apariencias no arrojan sus lápidas valiosas, sus ángeles de marmol y sus coronas artificiales. Allí se desahogaron en silencio y poco después tomaron el camino de su

casa, pasando indiferentes por entre la procesión de curiosos que, en ese día, profana el campo santo dedicado a los recuerdos y las lágrimas que origina el verdadero sentimiento.



XXI

CUANDO llegaron a su casa, Cordelia se dirigió al gabinete de estudio de Eugenio y de una de las gavetas del escritorio tomó un cuaderno de aquellos en que ella misma había escrito los nombres célebres que figuraron en la época del engrandecimiento intelectual de la Grecia; señaló una página y lo llevó consigo hacia la sala endonde Eugenio descansaba.

—Escucha—le dijo al llegar a su lado —¿sabes que me tienes muy resentida?

—¿Por que?—interrumpió Eugenio.

—Aquella frase que pronunciaste frente a la cruz bajo la cual duerme Mario, me ha hecho mucho daño. Anhelas la felicidad del no ser, lo cual quiere decir que no te agrada la compañía de tu esposa que te idolatra.

—Cordelia mía,—respondió amoroso

el joven—no pensé resentirte con esa frase pronunciada en medio de recuerdos del colegio, frente al sepulcro de un compañero a quien quise como un hermano. No anhele la felicidad de la muerte; contigo soy muy dichoso; eres el único ser a quien puedo acercarme, la sola persona que no es indiferente conmigo; por lo tanto, cree que mi único anhelo es que nuestro porvenir sea la proyección exacta de nuestro presente.

—Así lo suponía. Sin embargo, al oírte exclamar allá en el cementerio aquella frase, me sorprendí mucho porque—continuó al mismo tiempo que presentaba a su esposo el cuaderno abierto—¿te acuerdas cuando escribí con tinta roja este nombre: Diógenes de Sinope y enseguida el pensamiento que, sobre el suicidio, escribió ese filósofo?

—Si, recuerdo—contestó Eugenio—también recuerdo que hice bastantes consideraciones en contra de ese pensamiento. Por cierto que nunca he podido creer que «el hombre mas se acerca a la virtud cuanto mas intime con la idea del suicidio.»

—Gracias, Eugenio,—terminó Corde-

lia enlazando con sus brazos el cuello de su esposo y besándolo en la frente— gracias porque me has quitado con esas palabras un gran peso que me fatigaba. Seremos felices: a pesar de la creencia del *estaba escrito*, seremos felices en unión de nuestro hijo que ha de endulzar nuestra existencia.

Eugenio le contestó con dulzura:

—¡Quién pudiera, como tu, soñar con la dicha del mañana!



XXII

EL tiempo avanzaba, los días se sucedían unos a otros con una rapidez extraordinaria.

Como era de suponerse, el relato en que Eugenio puso en conocimiento de Cordelia el temor de que su hijo heredara la enfermedad repugnante de su padre, impresionó mucho a la señora. Ella, conforme se acercaba el día del alumbramiento, se sentía arrastrada por una fuerza irresistible hacia la representación de imágenes dolorosas, principalmente la de su tierno primogénito cubierto de úlceras.

Esas imágenes adquirían el predominio en su conciencia; ella trataba de distraerse dibujando; pero su mano diestra para los paisajes delineaba ahora estudios de rostros enfermos y desfigurados. Terminó por aborrecer la pintura

y buscar en otras ocupaciones el medio de perder aquella idea fija. A pesar de los esfuerzos mas enérgicos de su voluntad, el dominio que alcanzaba sobre sus pensamientos duraba muy poco, lo que constituía un martirio terrible para aquella inteligencia cultivada.

Cuando Eugenio llegaba a hablarle lo atendía, al principio, cariñosamente, contestando a todas sus preguntas y aun haciéndole observaciones acerca de la llegada del primogénito que coronaría su dicha; muy pronto se fastidiaba, le respondía con monosílabos y, al fin, se dejaba arrastrar por aquella tendencia a la reflexión que no le permitía un momento de tranquilidad.

De noche le costaba mucho conciliar el sueño, el cual era interrumpido por pesadillas en las que siempre aparecía la figura repugnante de un leproso que acariciaba con sus manos purulentas la dorada cabellera de un niño cuyo rostro, poco a poco, se transformaba, cubriéndose de tubérculos que se abrían dejando salir un liquido amarillento de olor desagradable. La pobre Cordelia despertaba sudorosa; encendía luz y, tal

era la fuerza de proyección de aquella idea fija, que en la penumbra de los rincones del cuarto veía siempre esa imagen con toda claridad.

Como consecuencia de esa mortificación continua, sentía frecuentes dolores de cabeza y opresiones en el pecho que le impedían respirar con facilidad.

Todo estaba preparado para recibir debidamente a aquel inocente que iba a ser el rey del hogar.

Al lado del lecho conyugal habían colocado una cuna pequeña, semejante a un nido en suspensión sobre el cual dejaba caer discretamente sus extremos una cortina de tul celeste.

Para el padre y los hermanos de Cordelia y hasta para Eugenio aquella cuna que esperaba ya a su precioso dueño, era un buen augurio; a su alrededor les parecía ver los angelillos de la felicidad, jugueteando con el cortinaje y sonriendo al niño que en sueños también sonreía.

Para Cordelia que siempre estaba triste, aquella cuna era una barca sombría en la que bogarían sus tristezas y sus perdidas ilusiones.

Eugenio se acusaba de imprudencia

por haber explicado a Cordelia el motivo de su retraimiento en los primeros meses después del enlace. Aquella confianza despertó en ella la atención que se había ido reforzando transformándose, al fin, en una idea fija. Hablaba muy poco y respiraba con lentitud; cuando quería moverse necesitaba, para ejecutarlo, de un gran esfuerzo.

Aquel estado de postración llenó de inquietud a Eugenio que trataba de reanimarla, besándola repetidas veces, refiriéndole sus proyectos para el porvenir y ella, a todos sus relatos y preguntas al respecto, contestaba con una voz triste y cadenciosa:

—Si, Eugenio, vamos a ser muy felices;—mientras repetía en su interior.—  
¡cuánto nos estamos engañando!



XXIII

EN esa época de espera indefinida, llena de cuidados, salpicada de vez en cuando por el llanto que producen los tormentos a que la mujer está expuesta en los meses que la preparan para la maternidad, Cordelia evocaba con insistencia grupos de ideas y de recuerdos desagradables.

La atención exagerada hacia las posibilidades que tenía su hijo de heredar la terrible enfermedad del padre de Eugenio, fue acentuándose a medida que se acercaba el día del alumbramiento.

Las representaciones mentales de la madre provocaban movimientos en el feto que le producían dolores vivísimos y trastornos orgánicos de consideración.

Poco después la pobre señora dió a luz una chiquitina que, bajo el influjo de aquella excitación viva y permanen-

te, traía los estigmas con que la imaginación de la madre había caracterizado a los leprosos: la niña presentaba en todo su cuerpo manchas rojas muy bien definidas y semejantes a quemaduras.

Cordelia, al dar a luz y como consecuencia de los dolores que había experimentado durante su embarazo, sufrió un largo síncope después del cual perdió enteramente la memoria de todos los hechos efectuados desde la fecha de su matrimonio.

Debido a esto, rechazaba con insistencia la idea de que ya era casada, y al presentarse Eugenio para darle un beso en señal de regocijo por el éxito del alumbramiento, Cordelia lo apartó con un pudor instintivo mientras se preguntaba cómo podía aquel joven atreverse a llegar hasta su dormitorio y tratar de besarla en su propio lecho.

La mujer que había sido llamada para que asistiera a la parturienta se acercó a ella después de haber cumplido con los deberes que le imponía la limpieza, y con una solicitud extraordinaria quiso colocar en los brazos de la enferma a la recién nacida para que «la conociera.»

Cordelia la hizo a un lado, enojada, sin poderse imaginar por que razón una mujer desconocida trataba de deshonorarla diciéndole que aquella niñita que llevaba en sus brazos había nacido de su vientre virginal.

Por mas esfuerzos que hacía para evocar sus recuerdos y dar con la verdad, no acertaba a explicarse el misterio en que trataban de envolverla todas las personas que la visitaban.

Ella sabía muy bien que la mujer posee una excelente memoria que le permite evocar con facilidad recuerdos de épocas lejanas y, en consecuencia, le parecía muy extraordinario el no poder darse cuenta de los meses recién transcurridos en los cuales, según decían los miembros de su familia, se habían efectuado los hechos mas importantes de su existencia.

Eugenio fue sorprendido por aquel trastorno en la memoria de su esposa y, a pesar de todos los medios de que se valió para que Cordelia lo aceptara como marido y a la inocente como hija suya, no obtuvo resultado satisfactorio.

Desalentado, sin esperanzas de obte-

ner la felicidad de su hogar sobre la que tantas ilusiones se había forjado, llamó al anciano padre de su esposa que tenía una casa de comercio en la vieja metrópoli.

El anciano dejó su establecimiento al cuidado de uno de sus hijos mayores y vino a instalarse al lado del joven matrimonio.

Al ver de nuevo a su padre, Cordelia se incorporó en el lecho y abrazándolo con fuerza le dijo:

—Ese hombre insiste en su creencia..... pero, ¿no es cierto papá que yo he vivido siempre contigo?..... ¡Y decir que te abandoné por seguirlo!..... piensa que en esa cuna duerme una hija mía..... ¡Tanta malignidad en este mundo!..... yo que no soy casada siquiera!.....

Sorprendido por aquellas frases incoherentes y desconociendo por completo la enfermedad que se había apoderado de su hija, el cariñoso padre se quedó mirando con extrañeza a Cordelia que también lo miraba distraída. Bajó los ojos, y después de meditar un momento, le contestó:

—Cordelia mia, ¿que es lo que dices? ¿Te quieres burlar de tu padre anciano diciéndole tantas cosas que no comprende? ¿Tan pronto te has aburrido de la vida de matrimonio y tratas de negar de ese modo a tu marido y a esa chiquitina que es hija tuya como tu eres hija mia?.....

Aquella contestación inesperada hirió tanto a Cordelia que rompió a llorar. El anciano se acercó para consolarla y despues de un largo rato que permanecieron abrazados, la señora le dijo con frases entrecortadas por los sollozos:

—Padre mio, ¿tu tambien..... tu tambien te burlas de mi?..... ¿Permites, indiferente, que yo sea una víctima de la malevolencia y.....

Comprendiendo el anciano que no había seriedad en lo que hablaba Cordelia, sino que aquella actitud era debida a un trastorno en la memoria de su hija trató por cuantos medios estaban a su alcance de convencerla de que era esposa de Eugenio y de que aquella niña que dormía tranquila en su cuna era hija de ambos.

Le hizo referencia de su boda, de su

paseo por Puntarenas en compañía de su esposo y le presentó el cuadro que ella misma había copiado del natural en la desembocadura del río de la Barranca.

Ella escuchaba con atención todas las relaciones que se le hacían y por más que pensaba no podía dar con el interés que movía a aquellos dos hombres, Eugenio y su padre, para hacerla creer en cosas que juzgaba sobrenaturales.

Al fin, fastidiada de oír siempre una misma cosa, resolvió no hacer en adelante más resistencia a los suyos.



XXIV

EN las altas horas de la noche, cuando Cordelia y la niña dormían, Eugenio, que velaba haciendo sus estudios científicos y literarios, acostumbraba visitar el dormitorio de aquellos dos seres queridos vigilando su sueño tranquilo y reparador.

Levantaba con cuidado los extremos de la cortina de tul celeste que cubría la cuna de su hija. Llevaba en la derecha una vela cuya luz, al caer sobre los ojos de la chiquita dormida, provocaba ligeros movimientos de los párpados que Eugenio no veía, abstraído como estaba en la observación de las manchas del rostro de la inocente criatura.

Después de contemplar con tristeza a su primogénita, se apartaba de la cuna y, sentándose en el borde del lecho en que Cordelia descansaba, hacía reflexio-

nes sobre el porvenir de aquella niñita desgraciada.

Conocía mucho la sociedad en que había de vivir; recordaba que, entre nosotros, el único destino honroso en el que sueña la mujer desde sus primeros años es un matrimonio mas o menos ventajoso, un contrato en cuya primera cláusula figuran la belleza física y la posición social. Comprendía que su hija no iba a ser bella porque tenía el rostro manchado y que no sería poseedora de un capital suficiente para casarse con un joven de posición.

Después de hacer muchas observaciones al respecto se prometía formar de aquel capullo que reposaba en su cuna, una mujer de verdadero valor moral e intelectual; acostumarla a vencer las exigencias que imponen las conveniencias sociales y educarla en ideales de bien y de verdad humanas.

Y luego, volviendo sus miradas hacia Cordelia que dormía cerca de el, escuchando la respiración pausada de aquella mujer querida, otro problema se presentaba a su mente: el de la memoria debilitada de su esposa.



Como habían pasado varias semanas sin que los diferentes medios adoptados obtuvieran la mejoría de Cordelia, Eugenio empezaba a perder la esperanza de que su compañera alcanzara otra vez el domino sobre la memoria perdida.

Y haciéndose distintas suposiciones, el joven escritor fatigado por tanto trabajo intelectual a que le obligaba su triste situación, recostándose en una almohada colocada a los pies de la cama de Cordelia, se dormía.

En sus sueños se veía acompañado por una esposa inteligente y trabajadora y por una hija llena de virtudes y de talento que, con sus cuidados y ternizas, cumplían el ideal que acariciaba desde sus primeros años.



## XXV

UNA tarde, en que la niñita acababa de humedecer su boca tierna con el licor azucarado que le ofrecía una campesina hermosa, alta y vigorosa, de colores encendidos y de formas opulentas, Cordelia fijó su vista en la inocente criatura: le dedicó todo su pensamiento en aquella mirada llena de cariño, tan dulce y tan tierna que la nodriza, espontáneamente, colocó el tesoro de aquella infancia en los brazos de la señora.

La niñita agitaba con energía sus brazos y sus piernas con movimientos vivos y espontáneos de su actividad nerviosa.

Como la nodriza la había colocado en el regazo de Cordelia en la misma posición en que acostumbraba tomar su alimento, la criatura volvió su cabecita hacia el pecho de la madre quien pudo

observar un levantamiento ligero de los ángulos de los labios que se habían separado dando a la chiquitina una fisonomía sonriente.

Aquella primera sonrisa de su hija, la conmovió, meditó un momento, desabrochó su chaquetilla y uno de sus pechos, de una blancura deslumbradora, apareció por entre lo desceñido del traje. La niñita se apresuró a acercar sus labios a aquella fuente de vida y de fuerzas.

La impresión, al principio dolorosa, que experimentó cuando su hija empezó a mamar produjo en ella una reacción favorable: miraba con atención a la inocente, reconoció en ella a un pedazo de su existencia y recobró la memoria perdida.

Parecía que despertara de un sueño del cual había olvidado hasta los menores detalles.

Apoyó sus labios en la boca de la chiquitina y la besó con frenesí llamándola con los nombres mas tiernos y acariciando con amor su cuerpecito delicado.

Así que terminó aquel arranque de

ternura, Cordelia preguntó por su esposo a la nodriza a quien había sorprendido el despertar repentino del amor maternal en aquella señora.

Se llamó a Eugenio cuyo asombro fue grandísimo al encontrar a su esposa dando el pecho a aquella niñita que tantos días había estado sin sentir las dulces caricias que sólo una madre sabe prodigar.

Cordelia sonrió al ver al joven que llegaba acompañado por su padre. Les llamó la atención hacia el juguete encantador que tenía y cuando dejó de mamar la niñita, la levantó con sus dos brazos colocándola a la altura del rostro de Eugenio.

Volviéndose a la chiquita le decía sonriendo graciosamente:—«Mira a tu papacito.»—y después mirando con cariño a su marido le preguntaba:—«¿Conoces a esta chiquitilla?...»

Luego, cayendo en brazos de Eugenio, Cordelia lo besó con ternura, le habló de la inmensa dicha que experimentaba en aquel instante, le hizo mil reproches por lo alejado que estaba de ella al encerrarse en su cuarto de estudio y, por

último, después de depositar en los labios del joven la ofrenda de sus besos llenos de fuego y de amor, ambos esposos guardaron silencio: el silencio de que se rodean los seres que son felices.

279



